

el suelo, ora inmóvil, abandonado á la esterilidad que le atormentaba, con los ojos fijos en la Torre, en su difícilísima Torre, negra entre los limoneros, regocijada por el continuo revoloteo y por el continuo piar de las andarinas.

Al fin, descorazonado, abandonó la pluma, y metiendo en un cajón el precioso volumen del *Bardo*, exclamó:

— Estoy perfectamente estúpido. Es este calor. Y después, aquel animal de Casco toda la mañana...

Todavía releyó, moviendo sombríamente la cabeza, una línea, la última, enrevesada y suya...

«... En la sala, altanera y larga, donde los largos y pálidos rayos de la luna...» Larga, largos y pálidos rayos, los eternos *pálidos rayos*. ¡También este maldito castillo es tan complicado!... ¡Y este D. Tructesindo tan antiguo! En fin, un horror...

Empujó el sillón; cogió enfurecido un cigarro y abandonó la librería batiendo desesperadamente la puerta, con un tedio inmenso de su obra, de aquella confusa y enredada Santa Ireneia, y de sus abuelos, enormes, resonantes, chapeados de hierro y más vagos que humo.



II

GONZALO, que durante todo el día permaneciera estirado en el diván de damasco azul, con un pertinaz dolor de riñones, atravesó lánguidamente el cuarto para mirar la hora en el antiguo reloj del corredor. ¡Las cinco y media!... Para desentumecerse, pensó en una caminata por la fresca carretera de los Bravaes. Después haría una visita, que ya desde Pascua debía, al viejo Sanches Lucena, elegido nuevamente diputado en las elecciones generales de Abril, por el distrito de Villa Clara. Mas la jornada á la *Feitosa*, de la quinta de Sanches Lucena, era de una hora á caballo, desagradable con aquel dolor de riñones, que le comenzara la víspera de noche, después del té en el Casino de la Villa. E indeciso arrastraba los pasos por el corredor, para gritar á Benito ó á Rosa que le subiesen una limonada, cuando, á través de los balcones abiertos, resonó un vozarrón de grueso metal, que en tono chan-

cero rodaba por el patio con una cadencia cava de gato mayando:

— ¡Oh Gonzalo! ¡Oh Gonzalón! ¡Oh Gonzalísimo Mendes Ramires!

Reconoció en seguida á *Titó*, Antonio Villalobos, su vago pariente, su compañero de Villa Clara, donde aquel hombretón extraordinario, de vieja raza alentejana, se estableciera sólo por afección bucólica á la villa. Hacía once años que la trillaba con su membruda y superabundante musculatura, el lento retumbar de su voz, y su ociosidad, esparcida por los bancos, por las esquinas, por las tiendas, por las tabernas, hasta por el cementerio filosofando con el sepulturero. Era hermano del viejo mayorazgo de la Ciudadela — el genealogista —, que le estableciera una mesada de ocho monedas para alejarlo de su sucio serrallo de mozas de campo, y de la obra tenebrosa en que ahora se metiera, la *Veridica Inquirição*, una investigación sobre las bastardías, crímenes y títulos ilegítimos de las familias hidalgas portuguesas. Gonzalo amaba, desde estudiante, á aquel Hércules bonachón. Seducíale por la prodigiosa fuerza é incomparable potencia que en beber una cuba y en comer un cordero demostraba, y sobre todo por la independencia, una suprema independencia, que, apoyada en un garrote pavoroso, con las ocho monedas dentro del bolsillo, nada temía y nada deseaba ni de la tierra ni del cielo. De bruces sobre el balcón, gritó:

— ¡*Titó*, sube! Sube mientras yo me visto. Tomas una copa de ginebra... y vamos después á pasear hasta los Bravaes.

Sentado en el reborde del pilón, redondo y sin agua, que había en el patio, mirando á Gonzalo con su franca y larga faz requemada, que recorría un archipiélago de barbas rubias, *Titó* movía lentamente, abanicándose, su viejo sombrero de paja...

— No puedo. Oye, ¿quieres hoy, de noche, cenar en casa de Gago, conmigo y con Juan Gouveia? Va también Videiriña con la bandurria. Tenemos una langosta asada, una famosa. Es enorme; compréla yo esta mañana á una mujer de la costa por cinco pesetas. ¡Asada por Gago! ¿Entendido, eh? Gago abre pipa nueva de vino del abad de Chandim. Yo conozco el vino. Es de primera, de primerísima.

Gonzalo disculpábase.

— Hombre, ando con el estómago estragado. Y desde anoche tengo un dolor en los riñones, ó en el hígado, ó en el bazo, no sé bien; en una de esas entrañas. Hoy, para comer, sólo tomé caldo de gallina. ¡En fin, iré! Pero recomienda á Gago que prepare para mí un poco de carne asada. ¿Dónde nos encontramos? ¿En el Casino?

Titó se levantara echando hacia la nuca el sombrero de paja:

— Hoy no me gasto por el Casino. Tengo señora. De diez á diez y media, en el Crucero. Va

también Videiriña con la bandurria. De diez diez y media. Entendido. Y carne asada para S. E. que se queja de los riñones.

Y atravesó el patio con lentitud bovina, parándose á coger en un rosal junto al portón un rosa, con que floreció su chaqueta color de aceituna.

Inmediatamente Gonzalo decidiera no comer cierto de los beneficios de aquel ayuno hasta la diez, después de un paseo por los Bravaes y por el valle de Riosa. Y antes de entrar en el cuarto para vestirse, empujó la puerta vidriera que daba á la escalera obscura de la cocina para llamar á Rosa la cocinera. Pero ni la buena vieja, ni Benito, á quien también llamó furiosamente, respondieron en el pesado silencio en que yacían, esos sombríos cuartos abovedados que restaban de un antiguo palacio restaurado por Vicente Ramirez después de su campaña en Castilla, é incendiado en el tiempo del rey D. José I. Entonces Gonzalo bajó por la gastada escalera para lanzar otros de los largos bramidos con que atronaba la torre desde que las campanillas andaban estropeadas. Y descendía más aún para invadir la cocina cuando Rosa la cocinera acudió. Estaba en la huerta con la hija de Crispula; no oyera al señor Doctor. . .

— Pues estoy gritando hace una hora. Y ni usted ni Benito. Es porque no como. Voy á cenar á Villa Clara con los amigos.

Rosa protestó desolada desde el sonoro fondo del corredor. ¿Cómo iba á quedar el señor doctor en ayunas hasta las altas horas de la noche? Hija de un antiguo hortelano de la Torre, crecida en la Torre, cocinera ya de la Torre al nacer Gonzalo, siempre lo tratara por menino, y aun por «su riquiño», hasta que de vuelta de Coimbra comenzó á ser para ella y para Benito el «señor doctor». El señor doctor, al menos, debía tomar el caldo de gallina. Olía, que ni hecho en el cielo.

Gonzalo, que nunca discordaba de Rosa ó de Benito, consintió, y ya subía, cuando llamó otra vez á la cocinera para informarse de la salud de Crispula, una desgraciada viuda, con unos cuantos hambrientos rapazucos, que adoleciera por la Pascua de fiebres perniciosas.

— Crispula va mejor, señor doctor. Ya se levanta. Dice la pequeña que ya se levanta. Pero está muy derrengada.

Gonzalo púsose de bruces sobre la baranda de la escalera para mezclarse más confidencialmente con aquellas tristezas.

— Mire, Rosa: entonces, si la pequeña está ahí, cuitada, que lleve para casa de la madre la gallina que yo tenía de comida. Y el caldo. Yo tomo una taza de té con bizcochos. Mándele también dos pesos. Escuche. No le mande la gallina y el dinero así secamente. Diga que estimo la mejoría, y que ya pasará por su casa. Y á ese animal de Benito que me suba agua caliente.

En el cuarto, en mangas de camisa, delante de un espejo, un inmenso espejo, de columnas doradas estudió la lengua, que le parecía saburrosa, después, el blanco de los ojos, recelando la amargura de la bilis suelta. Y terminó por contemplarse en su ficción nueva, ahora que afeitara la barba en Lisboa, conservando el bigote castaño, rizado y leve, y una mosca, que le alargaba la faz aquilina, y de una blancura de nata. Su desconsuelo era el cabello, bien ondeado, pero tenue, débil a pesar de todas las pomadas y de todas las aguas.

— ¡Es infernal! A los treinta años estoy calvo.

Todavía continuó ante el espejo, recordando la recomendación de la tía Louredo, en Lisboa:

— Sobrino, no se entierre en la provincia. Lisboa está sin rapaces. Necesitamos acá un buen nombre. Ramires.

No, no se enterraría en la provincia, inmóvil bajo la polvareda melancólica de las cosas inútiles, como su Torre... Pero vida elegante en Lisboa, entre su parentela histórica, ¿cómo aguantarla con mil ochocientos duros de renta que le quedaban, pagadas las deudas de padre? Por otra parte, vida en Lisboa, realmente, sólo deseaba con una posición política, escaño en el Parlamento, influencia intelectual en su partido, lecciones y seguras avanzadas hacia el Poder. Y esa vida tan dulcemente soñada en Coimbra, en las tertulias del hotel Mondego, la entreveía muy próxima, casi inconquistable, más allá de un m

alto sin puerta ni rendijas. ¡Diputado! Pero ¿cómo? Ahora, con el horrendo San Fulgencio y los Históricos en el Ministerio durante tres inacabables años, no habría elecciones generales. Y aun en alguna elección parcial, ¿qué posibilidad lograría él, que desde Coimbra, livianamente arrasado por una elegancia de tradiciones, se manifestara siempre regenerador en el «Centro» de la Couraza, en las correspondencias de la *Gaceta de Oporto*, en las discusiones ardientes contra el jefe del Distrito, el Cavalleiro detestable? ... Ahora no tenía más remedio que esperar. Esperar trabajando, ganando en consistencia social, edificando sobre la base de su inmenso nombre histórico un misérrimo y precario nombre político; tejiendo y extendiendo la malla preciosa de las amistades partidarias, desde Santa Ireneia hasta el Palacio... Sí, esa era la teoría espléndida e incuestionable; pero consistencia, renombre, afectaciones políticas, ¿cómo se conquistan? «Abogúe, escriba en los periódicos», fuera el consejo distraído y risueño de su jefe, el Braz Victorino. ¿Abogar en Oliveira ó en Lisboa mismo? No podía, con aquel su horror ingénito, casi fisiológico, por los autos y por la papeleda forense. ¿Fundar un periódico en Lisboa con Ernesto Rangel, su compañero de Coimbra en el hotel Mondego? Era una hazaña fácil para el nieto adorado de doña Joaquina Rangel, que almacenaba diez mil pipas de vino en los barracones de Gaia. ¿Batallar en un

periódico de Lisboa? En esas semanas de Capital, siempre en el Banco Hipotecario, siempre con las «primas», no estableciera relaciones de rables y útiles en los dos grandes diarios regeneradores *La Mañana* y *La Verdad*. De suerte que realmente, en ese muro que lo separaba de fortuna, sólo descubría un agujero, bien pequeño pero seguro, los *Anales de Literatura* y *Historia*, con su colaboración de profesores, políticos, hasta de un ministro, hasta de un mirante, el guerrero Araujo. Aparecería, pues, los *Anales* con su *Torre*, revelando imaginación un saber estupendo. Después, caminando desde la Invención hacia el terreno más respetable la Erudición, haría un estudio (que pensó en tren al volver de Lisboa) sobre los «Orígenes visigodos del Derecho público en Portugal». Ciertamente que nada conocía ni de esos Orígenes ni de esos visigodos; pero, con la magnífica *Historia de la Administración pública en Portugal* que le prestara Castañeiro, compondría de corto un elegante resumen. Y más tarde, saltando desde la Erudición á las Ciencias sociales y pedagógicas, ¿por qué no forjar una substanciosa «Reforma de la Enseñanza Jurídica en Portugal», en dos artículos sesudos de hombre de Estado? Así avanzaría construyendo y cincelandó su pedestal diario, adicto á los Regeneradores hasta que viesen al Ministerio y en el muro se abriese deseada puerta triunfal.

Y en medio del cuarto, en calzoncillos, Gonzalo Mendes Ramires concluyó que era necesario á toda costa apresurar su novela.

— Pero ¿cuándo acabaré esa *Torre*, empezada sin vena, convalecido de los riñones?

Benito, viejo de faz rapada y morena, con un pelo blanco todo rizado y bravío, muy limpio, muy fresco, entraba vagarosamente con la infusión de agua pedida.

— Oye, Benito: ¿tú no encontraste en la maleta que traje de Lisboa, ó en el cajón, un frasco de vidrio con un polvo blanco? Es un remedio inglés que me dió el Dr. Mattos. . . Tiene un rótulo en inglés, no se qué *fruit salt*. . . Quiere decir sal de frutas. . .

Benito clavó los ojos en el tillado y cerrólos después meditando.

— Sí, en el cuarto de la plancha, encima del baúl encarnado quedó un frasco con polvos, envuelto en un pergamino antiguo como los del Archivo.

— Es ese — declaró Gonzalo —. Necesitaba en Lisboa unos documentos por causa de aquel salvado foro de Praga, y equivocadamente llevé al Archivo un pergamino perfectamente inútil.

Benito, cuidadoso, siempre lento, metió todavía los botones de ágata en los puños de la camisa del señor doctor y desdobló sobre la cama la chaqueta y los pantalones de cheviote leve. Y Gonzalo, retomado por la idea de los artículos

para los *Anales*, hojeaba delante de la ventanilla la *Historia de la Administración pública en Portugal*, cuando Benito volvió con el rollo de pergamino, de donde pendía un sello de plomo.

— Ese mismo — exclamó el hidalgo dejando el volumen —. Es el que yo enrollé en el pergamino para que no se quebrara. El doctor Mathias aconsejóme que lo tomase en ayunas con agua templada. Parece que hierve. . . Muy necesitando de descargar la cabeza. . . Toma tú también, Benito, y dile á Rosa que tome. Todos los toman ahora, hasta el Papa.

Benito desenrollara el frasco con cuidado, y tendiéndolo sobre el mármol de la cómoda el pergamino duro, donde la letra del siglo XVI se abarquillaba amarilla y muerta, y Gonzalo, abotonándose el cuello:

— Ahí está el pergamino que llevé precisamente guardado para arreglar lo del foro de Portugal. Un pergamino del tiempo de D. Sebastião. Sólo desentraño la fecha: mil cuatrocientos. . . mil quinientos setenta y siete. En las vísperas de la jornada de Africa. En fin, sirvió para envolver un frasco. . .

Benito, que escogiera una corbata blanca, se apoyó al soslayo el pergamino venerable.

— Naturalmente, fué carta que el rey D. Sebastião escribió á algún abuelo del señor doctor.

— Naturalmente — murmuraba el hidalgo delante del espejo —; y para darle alguna

buena, alguna cosa gorda. Antiguamente, tener rey era tener renta. Ahora. . . No aprietes tanto esa hebilla, hombre. Tengo hace dos días el estómago hinchado. Ahora, con efecto, esta institución del rey anda muy decaída, Benito.

— Parece que anda — observó gravemente Benito —. También el *Seculo* afirma que los reyes están para acabar. Todavía ayer lo afirmaba. Y el *Seculo* es periódico bien informado. En el de hoy no sé si el señor doctor leyó el relato de la gran fiesta onomástica del Sr. Sanches Lucena, y los fuegos artificiales y la serenata que le dieran en la *Feitosa*.

Enterrado en el diván de damasco, Gonzalo extendiera los pies hacia Benito, que le abrochaba las botas blancas.

— Ese Sr. Sanches Lucena es un idiota. No sé qué papel hace de diputado á los sesenta años, pasando meses en Lisboa en el *Francfort*, abandonando sus propiedades, dejando su quinta. Y ¿para qué? Para rezongar de vez en vez «apoyado». Bien podía cederme á mí la poltrona, que tengo más talento y no poseo grandes tierras y me conformo con el *Braganza*. A Joaquín, que me tenga mañana la yegua aparejada á esta hora, para ir á la *Feitosa* á visitar á ese animal. Que le ponga el sillín nuevo que traje de Lisboa. Hace más de dos años que no veo á doña Ana Lucena. Es una soberbia mujer.

— Pues cuando el señor doctor estaba en Lis-

boa pasaron ellos por aquí en coche. Hasta separaron, y el Sr. Sanches Lucena apuntó para la Torre, mostrándosela á su señora. Mujer muy guapa. Y trae unos lentes con una gran cadena todo de oro.

— Encharca bien ese pañuelo en agua de colicinia, que tengo la cabeza muy pesada. Esa doña Ana, ¿era una jornalera, una moza de campo de Corinde?

Benito protestó con el frasco en el aire, espantado ante el hidalgo.

— No, señor. La señora doña Ana Lucena es de gente muy baja. Hija de un carnicero de Ovar. . . Y el hermano anduvo en el monte por haber muerto al herrero de Illavo.

— En fin — resumió Gonzalo —, hija de carnicero, hermano en el monte, bella mujer, lentes de oro. Merece rapaz nuevo.

En Villa Clara, á las diez, sentado en uno de los bancos de piedra del Crucero, bajo las hayas, Titó esperaba, con el amigo Juan Gouveia, que era el administrador del Concejo de la Villa. Ambos se abanicaban con los sombreros, en silencio, gozando de la frescura y del susurro de agua lenta en la sombra, y la media batía en el reloj de la Cámara cuando Gonzalo, que se tardara en el casino jugando á la voltereta, ap

reció anunciando un hambre terrible «el hambre histórica de los Ramires»; y apresurando la marcha hacia Gago, y sin consentir que Titó fuese á la tabaquería de Brito á buscar una botella de aguardiente de caña vieja y «de la punta fina»:

— No hay tiempo. ¡Al Gago, al Gago! Si no devoro á uno de ustedes con esta furiosa hambre Ramírica.

Mas luego, al subir por la Calzadilla, paróse Gonzalo, cruzando los brazos, interpelando divertidamente al señor administrador del Concejo por el estupendo *hecho* de su Gobierno. . . ¡Entonces *su* Gobierno, *sus* amigos Históricos, *su* honradísimo San Fulgencio, nombraban gobernador civil de Monforte á Antonio Moreno! El Antonio Moreno tan justamente llamado en Coimbra Antoiñita Morena. No, realmente era la postrer degradación á que podía rodar un país. Después de ésta, para armonía perfecta de los servicios, sólo era urgente otro nombramiento: el de Juana Salgadeira, procuradora general de la Corona.

Juan Gouveia, un hombre pequeño, muy obscuro, muy seco, de bigote crinoso, con el sombrero hongo ladeado hacia la oreja, no discordaba. Empleado imparcial, sirviendo á los Históricos como sirviera á los Regeneradores, siempre aceptaba con imparcial ironía los nombramientos de los abogados nuevos Históricos ó Regeneradores, para los altos cargos de la Administración.

Pero en este caso, sinceramente rapaces, casi vomitara. ¡Gobernador civil, y de Monforte, á Antonio Moreno, que él tantas veces encontrara en el cuarto en Coimbra, vestido de mujer, con la bata descotada y la cara cubierta de polvos de arroz! . . . Y, cogiendo del brazo al hidalgo, recordaba la noche en que José Gorjao, borracho y con un revólver en la diestra, exigía furiosamente que el Padre Justino, también bebido, lo casara con Antãoito, delante de un nicho de Nuestra Señora de la Buena Muerte. Pero *Titó*, que esperaba, declaró á aquellos señores que si creían que el tiempo era cosa que podía desperdiciarse arrastrando sobre la calle una conversación de política y de indecencias, entonces volvía él á Brito á buscar el aguardiente. . .

En la sala de Gago, al terminar una escalera obscura y estrechuca que subía de la taberna, y en una cumplida mesa alumbrada por dos quinqués de petróleo, la cena fué estrepitosamente alegre y ampliamente saboreada. Gonzalo, que se declaraba milagrosamente curado por el paseo hasta los Bravaes y por las emociones de la voltereta, en que ganara diez y nueve reales á Manuel Duarte, comenzó por una platada de huevos con chorizo, devoró la mitad de la langosta, devastó «su carne de enfermo», clareó un plato de ensalada de pepino y terminó por un montón de ladrillos de mermelada, y á través de este noble trabajo, sin que la fina blancura de su piel se al-

terase, vació una cantimplora de Alvaralhon, porque desde el primer trago, y con disgusto de *Titó*, maldijera el vino nuevo del Abad. De sobremesa ya, apareció Videiriña, «el Videiriña de la bandurria», tocador afamado de Villa Clara, mancebo de farmacia y poeta con versos de amor y de patriotismo, ya impresos en el *Independiente de Oliveira*. Comiera en esa tarde en casa del Comendador Barros, que celebraba el aniversario de su encomienda; y sólo aceptó una copa de Alvaralhón, en el que mojó un ladrillo de mermelada «para endulzar la garganta». Después, á media noche, Gonzalo obligó á Gago á encender el fuego para hervir café, «muy fuerte»; un café terrible, Gago, amigo; un café capaz de despertarle talento al Sr. Comendador Barros». Era esa hora divina de la bandurria y del «fado». Y Videiriña se sumergiera en la sombra, afinando los bordones, sentado con melancolía en un banco.

— La *Soledad*, Videiriña — pidió el buen *Titó*, pensativo, envolviendo un cigarro.

Videiriña gimió deliciosamente la *Soledad*:

Cuando vayas al cementerio,
¡Ay Soledad, Soledad! . . .

Después, apenas Videiriña terminó entre las aclamaciones entusiastas del auditorio, el hidalgo de la Torre y Juan Gouveia, de codos sobre la mesa, entre el humazo de los cigarros, conversaron «sobre esa venta de Lourenço Marques á los

ingleses, preparada subterráneamente (según clamaban, sobrecojidos de terror, los periódicos de oposición) por el Gobierno de San Fulgencio». Y Gonzalo también se horrorizaba. No con la alienación de la Colonia, sino con la impudencia de San Fulgencio. Que aquel animalote obeso, hijo sacrilego de un fraile, que después se hiciera tendero en Cabecellos, trocarse en libras, para mantenerse dos años más en el Poder, un pedazo de Portugal, terrón augusto, trillado heroicamente por los Gamas, los Athaydes, los Castros y por sus propios abuelos, era para él cosa tan abominable que justificaba todas las violencias hasta una revolución, y la casa de Braganza enterrada en el lodo del Tajo. Trincando sin parar sabrosas torradas, Juan Gouveia observó:

— Seamos justos, Gonzalo Mendes. Mire que los Regeneradores. . .

El hidalgo sonrió superiormente:

— ¡Ah, si los Regeneradores realizasen esa grandiosa operación bien! Esos, primeramente, nunca cometerían la indecencia de vender á ingleses tierra de Portugal. Negociarían con franceses, con italianos, pueblos de raza latina, pueblos hermanos. . . Y después, los millones, conantes y sonantes, serían aplicados al fomento del país, con probidad, con conciencia. ¡Pero ese horrendo San Fulgencio! . . . Y en su furor arrebatado pidió ginebra, porque realmente aquel cognac de Gago era una bazofia torpe.

Titó, encogiéndose de hombros resignado, le contestó con indiferencia:

— No me dejaste ir á buscar el aguardiente; ahora aguántate. . . La ginebra es todavía más asquerosa. Ni para esos negros de Lourenço Marques que tú quieres vender. Hasta el señor administrador del Concejo debía prohibir esas conversaciones. . .

Pero el señor administrador del Concejo afirmó que las consentía, y rasgadamente. Porque también él, como el Gobierno, vendería á Lourenço Marques, y á Mozambique, y á toda la Costa Oriental. El Africa entera pregonada en pública subasta en la terraza del Palacio. ¿Y sabían los amigos por qué? Pues por su principio de fuerte administración — extendía el brazo, medio levantado del banco, como en un Parlamento — por su principio de que todo propietario de tierras distantes, que no las puede cultivar por falta de dinero ó de gente, debe venderlas para concertar su tejado, atender á su huerta, poblar su corral, fomentar la buena tierra que trillaron sus pies. Ahora bien: en Portugal quedaba toda una riquísima provincia por labrar, por regar, por sembrar: Alemtejo.

Titó sacó del fondo de la laringe las sonridades de su vozarrón, desdeñando á Alemtejo como una película de tierra de pésima calidad, que, fuera de unas leguas de campo en torno de Beja y de Serpa, por un grano sólo daba dos,

y apenas se la rascaba descubría el granito. . .

— El amigo Juan tiene allí una heredad inmensa, inmensísima, que da trescientos duros.

El administrador, que ejerciera la abogacía en Mértola, protestó incomodado. ¡Alemtejo!, provincia abandonada, sí. Abandonada miserablemente desde siglos por la imbecilidad de los Gobiernos; pero riquísima, fertilísima.

— Pues entonces los árabes. . . ¡Y qué árabes! Todavía no hace mucho, Freitas Galvaon me contaba. . .

Mas Gonzalo Mendes, que escupiera también la ginebra con gesto avinagrado, condenó en un resumen barrador todo Alemtejo, como una desgraciada ilusión.

El administrador gritaba:

— Usted no estuvo nunca en Alemtejo.

— Tampoco estuve nunca en China, y. . .

— Pues entonces no hable. Sólo las viñas que plantó Juan María. . .

— ¡Qué! ¡Cien pipas de zurrapas! Pero en otros sitios, leguas y leguas sin. . .

— Un jardín, Gonzalo, aunque no quiera.

— Un lodazal, Gouveia.

Y á través del tumulto, Videiriña, llevado en su solitario ardor por el torrente de ayes del «fado» de Ariosa, sollozaba por unos ojos negros, dueños de su corazón:

¡Ay! que de tus ojos negros
Viéneme hoy la perdición. . .

El petróleo de los quinqués terminaba, y Gago, reclamado para traer emparedados, salió en mangas de camisa de detrás de una cortina, recordando á sus excelencias, con humildad, que pasaba de la una de la noche. . . El administrador, que detestaba las trasnochadas, nocivas á su garganta (de amígdalas locamente inflamables), miró el reloj con terror. . . y rápidamente, abotonándose la chaqueta, con el sombrero hongo tumbado hacia la izquierda, agarróse al lentó *Titó*, porque ambos moraban en lo alto de la villa, él frente al Correo, y el otro en la calle de las Teresas, en una casa donde en otro tiempo apareciera asesinado el verdugo de Oporto.

Titó, sin embargo, no se apresuraba. Con el garrote debajo del brazo, todavía llamó á Gago hacia el fondo sombrío de la sala para cuchichear sobre el embrollado negocio de una compra de carabina, soberbia carabina Winchester, ofrecida al Gago por el hijo del notario Guedes de Oliveira. Y al bajar la escalera encontró á la puerta de la taberna, bajo la luna que blanqueaba la calle adormecida, al hidalgo de la Torre y á Juan Gouveia, bruscamente enzarzados en la acostumbrada contienda sobre el gobernador civil de Oliveira, Andrés Cavalleiro.

Era siempre la misma disputa personal, furiosa y baja. Gonzalo, clamando que no aludiesen delante de él, por las cinco llagas de Cristo, á ese bandido, ese Sr. Cavalleiro y, sobre todo, Caba-

llo, autoridad burlesca que desorganizaba la provincia, y Juan Gouveia, muy tieso, muy seco, con el hongo más caído sobre la oreja, asegurando la inteligencia superior del amigo Cavalleiro, que estableciera limpieza y orden, como Hércules, en las caballerizas de Oliveira. El hidalgo rugía y Videiriña suplicaba á los amigos que se recogiesen á la taberna para no alborotar la calle.

— Tanto más que de frente, la suegra del doctor Venancio, cuitada, está desde ayer con pulmonía.

— Pues entonces, berró Gonzalo, no vengan con disparates que encocoran. ¡Decir usted, Gouveia, que Oliveira nunca tuvo gobernador civil como Cavalleiro! . . . No es por mi padre. Papá murió hace ya tres años infelizmente. Estoy de acuerdo con que no fuese una buena autoridad. Era débil, y además estaba enfermo. Pero después tuvimos al vizconde de Freixomil, tuvimos á Bernardino. Usted sirvió con ellos. Eran dos hombres. ¡Pero este Caballo de este Cavalleiro! La primera condición para ser autoridad superior de una provincia, es no ser burlesca. Y Cavalleiro es de entremés. Aquella melena de trovador y el horrendo bigote negro, y el ojo sanguinolento pingando romanticismos. Es de entremés. Es estúpido, de una estupidez fundamental, que le comienza en las patas y va subiendo y creciendo. . . ¡Señores, qué animal! Sin contar con que es un canalla.

Tieso á la sombra del inmenso *Titó*, como una estaca junto á una torre, el administrador mordía el cigarro. Después, con una serenidad cortante:

— ¿Acabó usted ya? Pues, Gonzalo, ahora escuche. En todo el distrito de Oliveira, nótele bien, en todo él no hay nadie, absolutamente nadie, que de lejos, muy de lejos, pueda compararse á Cavalleiro en inteligencia, en maneras, en carácter, en saber y en finura política.

El hidalgo enmudeció parado. Por fin, con un desabrido y arrogante desprecio:

— Eso son las opiniones de un subalterno.

— Eso son las expresiones de un mal criado, murmuró el otro, con los ojillos encandilados.

Inmediatamente entre los dos, más grueso que un barrote, avanzó el brazo de *Titó*, extendiendo una sombra en la calzada:

— Rapaces, ¿qué bobadas son éstas? ¿Estáis borrachos? ¿Y tú, Gonzalo? . . .

Ya el hidalgo, en uno de sus generosos impulsos sentimentales, se humillaba confesando su brutalidad:

— Perdone usted, Gouveia. Sé perfectamente que usted defiende á Cavalleiro por amistad, no por dependencia. Pero, ¿qué quiere, hombre? En cuanto me hablan de ese Caballo, no sé si es por contagio de bestia, relincho, tiro coces.

Gouveia, reconciliado, sin rencor (porque admiraba cariñosamente al hidalgo de la Torre), observó que Gonzalo «era una flor, pero pi-